

María Luisa Olsen de Serrano Redonnet

## La Facultad de Filosofía, Historia y Letras, mi Facultad

La Facultad de Historia y Letras, hoy de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad del Salvador, tiene lejanos antecedentes en nuestra patria, que se remontan a casi cuatrocientos años, en la ciudad de Córdoba del Tucumán. Esa Universidad, regentada por los jesuitas hasta la expulsión de la orden en 1767, revive bajo otras formas y otro nombre en Buenos Aires, en tiempos mucho más recientes, segunda mitad del pasado siglo veinte, en la Universidad del Salvador, nacida en el histórico colegio porteño del mismo nombre, el de la calle Callao.

Los comienzos de la Universidad del Salvador fueron años de lucha, de zozobra y de fe esperanzada. La empresa proponía un fuerte desafío. Sus frutos, bajo la conducción inicial de la Compañía de Jesús que la fundó, están a la vista. Desde 1974, la orden ignaciana entregó, como todos sabemos, su conducción a un grupo de laicos que asumieron el compromiso de preservar su identidad en la continuidad del espíritu jesuita.

Fui llamada para colaborar en la construcción de la carrera de Letras por su primer Director de Estudios, el doctor Arturo Berenguer Carisomo, quien aconsejó mi nombramiento en 1957 para la cátedra de Historia de la Lengua Española, la que desempeñé, desde ese año, hasta 1964. Primero, en el Instituto de Historia y Letras (1957-1958) y, luego, a partir de su oficialización, en la Facultad de Historia y Letras del Salvador. Su primer decano, el R. P. Avelino Gómez Ferreyra, propuso mi designación, además, en 1958, para ejercer el cargo de la recién constituida Secretaría Académica, en que trabajé hasta 1963. Motivos particulares y del ejercicio de mi profesión en otros ámbitos me alejaron, finalmente, de la Facultad hasta que en 1992 regresé, convocada para ocupar la cátedra de Literatura Hispanoamericana I, que aún desempeño, llamada por la actual Directora de Estudios, doctora Alicia Lidia Sisca, mi querida ex alumna de aque-

llos años fundacionales que ella con tanto cariño suele recordar.

A propósito de Alicia Sisca, reconozco que me corrió un escalofrío cuando en el «Discurso con motivo de la recepción del título de Doctora en Letras» (23-4-2001), dijo: «elegí esta institución [la USAL] hace cuarenta años». ¡Dios, cómo pasan los años! Yo, a mis setenta y dos, no tengo por qué sorprenderme o ruborizarme de haber pertenecido al plantel inicial del claustro de profesores junto a figuras de la talla de Arturo Berenguer Carisomo, mi querido maestro, de Antonio Pérez Amuchástegui, José Imbelloni, Vicente Sierra y tantos otros. Creo que soy la única profesora superviviente de aquel plantel inicial de la carrera de Letras, cuando aún luchaba por su reconocimiento público que significaba a la Facultad la posibilidad de entregar a sus graduados títulos sin examen de estado ante las autoridades ministeriales. Lo asumo con orgullo, porque me esforcé mucho para suplir mis breves antecedentes académicos. En el primer año que dicté mi materia, lo tuve como alumno oyente al doctor Pérez Amuchástegui, titular de una cátedra en la carrera de Historia. Su presencia, si por un lado me inhibía, por otro me estimulaba. Lo recuerdo, al margen de esta circunstancia, por sus esfuerzos incansables en pro de la lucha por la creación de la Facultad y, junto con Berenguer, por mantener su alto nivel académico.

Las clases se dictaron, primero, en la planta alta del Colegio del Salvador, en las aulas del segundo patio que daban a la esquina de Tucumán y Riobamba, a partir de las 19:00. La Secretaría, la Sala de Profesores y la Tesorería funcionaban en un cuartito de usos múltiples, donde, incluso, tenían cabida las Direcciones de Estudios de Historia y de Letras. ¡Y hasta el Decanato! Todo se hizo con mucho empuje, pero con singular modestia. Contábamos con una sola empleada administrativa, la incansable, eficiente y querida María Rosa. Después de reconocida oficialmente como Universidad

privada del Salvador (1958), las aulas de la Facultad de Historia y Letras se trasladaron al vecino Colegio de La Salle, sobre Riobamba, en que sus salones cómodos y amplios dieron cabida a nuevas creaciones: Turismo, Lenguas Modernas, Geografía. La Facultad crecía... Las aulas estaban llenas...

No puedo dejar de recordar, en esta evocación, la alta estampa del R. P. Ernesto Dann Obregón, S. J., primer rector de la ya oficializada Universidad del Salvador (1958), que, en el primer patio del Colegio del Salvador, entrando a la derecha, irradiaba su cordialidad y simpatía a los alumnos y profesores que se dirigían a las clases, sin perder en ningún momento los atributos de seriedad y respeto que imponía o nos imponía su jerarquía. El decano, el R. P. Avelino Gómez Ferreyra, historiador y cordobés, afable y comprensivo, pese a su trato serio y de pocas palabras, estaba atento a cuanto ocurría en su Facultad y raramente dejaba de asistir diariamente al desempeño de sus funciones, a lo largo de todo el turno. Desde los corredores del primer piso, desde la secretaría, vigilaba el movimiento de alumnos y profesores. Siempre dispuesto a escuchar, recibía a unos y a otros, y concedía los pedidos que no se opusieran al reglamento.

En esos años hubo que hacerlo todo, diseñar los planes de estudio, singularmente novedosos, mejorarlos, reglamentar todos los aspectos de la vida académica, con el concurso de las autoridades de nuestra casa de estudios y de todos sus profesores. Entre unas facultades y otras de la Universidad, había una gran autonomía de gestión. Esa confrontación de ideas que perseguía lo mejor, a veces en acaloradas y enriquecedoras disputas docentes y hasta administrativas, marcaba el rumbo.

La Facultad de Filosofía, Historia y Letras tiene su rica historia. A mí se me escapa la de la carrera de Filosofía, agregada recientemente como una nueva aunque vieja y fecunda rama de nuestra Universidad. Ella posee, también, una gloriosa tradición que se remonta a los primeros tiempos de la presencia de la Compañía de Jesús en nuestro territorio.

Ha transcurrido el tiempo... La Facultad con la que me encuentro veintiocho años después es para mí una sorpresa. Aunque sabía de su crecimiento, pude palpar hasta qué punto aquella célula

germinal, tan modesta, se había desarrollado hasta niveles inesperados. Su numeroso alumnado se distribuía ya en inmuebles que salpicaban como racimos las manzanas próximas a la Iglesia del Salvador. Grupos rumorosos de estudiantes iban y venían por las calles aledañas. Algunas de esas casas son hoy cómodos y modernos edificios. El Decano, el Esc. Juan Lucero Schmidt, de sólida formación humanista, defensor de los estudios clásicos y de nuestras raíces espirituales más entrañables, tiene su despacho en Rodríguez Peña, entre Viamonte y Tucumán. La Dirección de Estudios de Letras, en la esquina de ambas arterias. La Secretaría, ubicada en la planta baja del Decanato, acaba de mudarse enfrente, donde funcionaba la sobria Librería Universitaria del Salvador, trasladada a una cuadra. Sólo un mapa podría dar idea cierta, en la actualidad, de los numerosos edificios de la Facultad y de la apretada dispersión geográfica de las aulas correspondientes a las distintas carreras y disciplinas que se cursan en ella. La breve enumeración sólo ha pretendido reflejar, en lo material, los diversos recintos ubicados en un barrio céntrico de Buenos Aires, populoso y pródigo en medios de comunicación con el resto de la ciudad.

En el año del quinto Centenario del Descubrimiento de América, la profesora Alicia Lidia Sisca, que es la Directora de Estudios de la Carrera de Letras, me convocó para ocupar la cátedra de Literatura Hispanoamericana I. Y, desde entonces, con fervor creciente, procuro interesar a los alumnos en el estudio de nuestros comienzos literarios, los del período hispánico, los llamados siglos coloniales, porque ellos son las raíces temblorosas que van marcando rumbos y tendencias.

La Universidad del Salvador de Buenos Aires fue sede, ese año de 1992, de las importantes Jornadas de la ODUCA (Organización de las Universidades Católicas de América Latina), que se propusieron honrar el Quinto Centenario, recordando el pasado misionero y heroico de la primera evangelización y, así, disponerse a la misión de la Nueva Evangelización. El encuentro miraba hacia atrás para recoger sus enseñanzas, pero avizoraba, desde el inquieto presente, el futuro y sus líneas de acción. La Facultad participó

con entusiasmo porque se sintió parte de una acción continental, llamada a enriquecer —como decía el R. P. Ismael Quiles, S. J.—, con la búsqueda fiel de la verdad, los horizontes dilatados de la persona humana y de sus aspiraciones en un ambiente cristiano.

Sus autoridades organizan cursos, encuentros, jornadas y congresos nacionales e internacionales que la relacionan con otras instituciones de igual nivel. El intercambio fructífero de las distintas culturas la enriquecen constantemente. Estudiosos de todas las provincias argentinas acuden a sus aulas y ofrecen lo mejor de sí.

Entre las novedades de la Escuela de Letras merecen destacarse, entre otras, la creación de la revista *Gamma*, en que se expresan alumnos, egresados y profesores, tanto en producciones creativas, en prosa y en verso, como en variados artículos de investigación. Su último número, el 35, de mayo del 2002, corresponde al año XIV. La revista es, como se ve, un esfuerzo sostenido en el tiempo. También cabe señalar el empuje que se está dando a la Biblioteca Dr. Arturo Berenguer Carisomo, la que ha logrado un pequeño recinto propio para funcionar y cuyos anaqueles esperamos se sigan llenando. Aunque la participación cada vez más activa de los alumnos en acciones

de intercambio estudiantil con el extranjero es una tendencia general de la USAL, en estos últimos años la Facultad se ha destacado por su número, lugares y disciplinas elegidas.

En las actividades pedagógicas de mayor nivel, sobresalen los cursos de doctorado, no limitados exclusivamente a los licenciados egresados de nuestra institución. Importantes tesis dan cuenta de la actividad realizada y no pocos licenciados de la Facultad han logrado alcanzar el título máximo con calificaciones sobresalientes. Incluso, han vestido recientemente la toga doctoral algunos profesores en el ejercicio de algunas cátedras de la Facultad, y hasta lo ha hecho hace poco, algo más de un año, nuestra Directora de la Escuela de Letras.

La asistencia de San Ignacio de Loyola no permitirá que nada serio nos embista ni nos desanime y, si llegáramos a sufrir algún tropiezo, saldrá como hasta ahora renovada y enriquecida. ¡Que todo se cumpla, en los difíciles tiempos presentes y no menos complicados que están por venir, de acuerdo con el lema de la Compañía de Jesús, *A la mayor gloria de Dios!*

